

12-8 b1) Lerroux retratado por Unamuno

¡Oh, los revolucionarios!

Mientras sigue su curso la revolución española, que se está haciendo, afortunadamente, sola, ya que los revolucionarios de profesión no serían capaces de hacerla; vamos a recoger un suceso histórico del libro «Las Juntas militares de Defensa», de D. M. Capo (Habana, 1923), escrito bajo la inspiración de D. Benito Márquez, ex coronel por los feos amaños de La Cierva, ex de nuestro ejército.

El cual Márquez, después que fué, pulsado del ejército, parece que se dedicó a eso que se llama conspirar. Y fué acaso su error. Se cuenta en ese libro una entrevista del ex coronel Márquez con el conde de Romanones. De donde tomamos lo siguiente:

—Ya usted lo sabe, amigo Márquez. Se ha separado usted del camino real; ha penetrado usted en el atajo, y ya sabe usted que en las veredas a veces se pierde la vida. Yo cumplo con un deber de lealtad advirtiéndoselo a tiempo.

—Señor conde: Yo no he penetrado en el atajo más que cuando ustedes, usted uno de los primeros, me han puesto fuera de la legalidad. Además, ¿por qué no le de actuar yo en política? ¿No actúan en el campo revolucionario personas como Lerroux y otros?

El conde de Romanones se sonrió, forzando una mueca irónica... Nosotros no acertamos a adivinar el motivo de la ironía del conde de Romanones. ¡Oh, los revolucionarios!

—Sí—siguió el conde—; otros actúan en el campo revolucionario; pero...

No acabó la frase. Su gesto añadió el comentario. Pero... son inofensivos. ¿No es verdad, señor conde?

Sigue la conversación, y al decir el ex coronel Márquez que tenía amigos, y buenos, que el conde los conocía, y eran de un valor positivo en España, le replicó Romanones:

—No, no; usted no tiene amigos. Usted está engañado. Usted está vencido. Y luego viene lo gordo:

«E inmediatamente el conde de Roma-

nonos empezó a desfilar ante la vista absorta del coronel todas sus cartas, todos los documentos con clave enviados a Madrid a personajes de abolengo revolucionario, a personas que han representado los sentimientos honrados de la nación. ¿Eran aquéllos los que habían de regenerar a España? ¿Eran los que, faltando primero a la propia dignidad y después a la opinión que dirigían, entregaban a la autoridad que combatían las pruebas hasta entonces secretas de los futuros acontecimientos salvadores? El coronel Márquez se inmuyó ahora. Su mente se inundó de un rayo de cólera: se calmó después, y por fin, agotado, entregado, anonadado, exclamó: —Tiene usted razón, señor conde... ¡Gracias!»

¡Ah, si el coronel no hubiera hecho caso de los conspiradores de opereta, de los documentos con clave, de los que se sirven de emisarios secretos, de los procedimientos carbonarios y cuestionarios y 5.000 pesetas al mes de subvención!

La acción verdaderamente revolucionaria es la que se hace a la luz del aire, con las cartas hacia arriba, viviendo en morada de cristal y sin velar ningún paso que se dé y ninguna visita que se haga.

Para complemento y comentario de ese pasaje de la historia del coronel Márquez he de contar yo la visita que por entonces me hizo un emisario del cuartillo de la revolución profesional y misteriosa y cómo me di por enterado de lo que se me dijo, y nada más. Me divertí el mensaje, y poco después, como toda aquella conspiración que se me había anunciado se quedó en... un nuevo servicio a la corona. Y pensando en los rombos conspiraciones, análogos a los romboqueños, me dije: «¡Bah! Otra forma de chutaga!» Y pensé que la tontería de la corona no tiene límite.

En estos días se viene diciendo que hace poco recibió Melquiades Álvarez la visita de unos generales que iban a proponerle un golpe de Estado para dar cima cuanto antes a la revolución que todos ven venir y que los más temen, y que el jefe del reformismo, todavía dionésico, invocó la lealtad de los compromisos que había adquirido con la corona. Lo que de seguro no habrá hecho es delatar a ésta, a la corona, los nombres de esos generales. Aunque no habrían éstos corrido con ello peligro alguno, sino todo lo contrario: habrían sido mimados y halagados.

Y si esto es así, como se dice, ¿por qué se fueron esos generales o Melquiades Álvarez y no al profesional de las

conspiraciones, al revolucionario de carrera? Sus razones tendrían.

Se ve venir el cambio; se siente la tormenta; se oye crujir los ligamentos del régimen—basta leer los diarios conservadores de derecha—y se teme a lo que vendrá. ¿Por qué? Porque todos comprenden que no será revolución la que pueda hacer caer al país bajo el poder de los que han vivido del revolucionarismo profesional, de aquellos que no han podido justificar sus ganancias, de aquellos que hicieron llegar a Romanones los documentos que comprometían al coronel Márquez.

Para actuar revolucionariamente de un modo noble hace falta poder presentar el presupuesto doméstico con gastos e ingresos y hacer toda labor a la luz del día. Y no es sacrificio vivir de la política.

MIGUEL DE UNAMUNO

19 mayo 1923.

Una de ladrones

En Villaverde (Madrid) tiene la Sociedad Euskalduna un taller para la reparación de vagones ferroviarios. Lo dirige el señor Valiente, hermano de don Santiago Valiente, y muy amigos ambos del ex ministro de la Guerra Diego Hidalgo. Conservaba este último su Ministerio y era subsecretario de Comunicaciones el que hoy es ministro, Jalón. El señor Valiente recibió orden de fijar presupuesto para un equipo de ambulancias para el servicio de Correos. Cuando hizo entrega de él, la persona que se lo pidió fijó la comisión que necesitaba cobrar: un diez por ciento. Como la hora era insólita y la cifra alta, el señor Valiente se presentó ante Jalón y le expuso lo anormal del suceso. Su sorpresa subió de punto al oírle decir a «Clarito»:

—Páguele usted la comisión.

No se resignó con semejante dictamen, y el señor Valiente acudió ante Diego Hidalgo. Este le oyó impasible, y al conocer el desenlace de la historia se limitó a decir:

—¡Qué cosas tiene «Clarito»!

El señor Valiente se convenció de que no había más remedio que pagar la comisión y escribió a la casa central con estas o parecidas palabras: «Nos han robado el diez por ciento.» De Bilbao contestaron: «Conocemos a los ladrones.»

(Rigurosamente histórico.)

El bandido público núm. 2
—retratamos a D. Emiliano Iglesias—no cabe en el pellejo de alegría. Otea ya la parte que le corresponde en «El filmo de la retirada».

¡Hay que definirse! ¿Eso qué es, el partido radical o Ali-Babá y los 40 ladrones

